

INDAGACIONES SOBRE EL DISCURSO TRUJILLISTA
Y SU INCIDENCIA EN LA POLITICA DOMINICANA

ROSARIO ESPINAL*

Los pueblos hispánicos no hemos
logrado ser realmente modernos
porque, a diferencia del resto de los
países occidentales, no tuvimos
una edad crítica.
Octavio Paz

Aunque el análisis discursivo tiene una larga tradición en la psicología y la antropología, no ha sido sino muy recientemente que la importancia del discurso se ha valorado efectivamente en el análisis político. En América Latina, han sido particularmente los trabajos sobre el populismo y el peronismo los que han abierto una nueva línea de reflexión política.¹ Entre las novedades y beneficios que derivan de estos estudios, uno de mucho valor ha sido el mover la discusión política de una lógica economicista o institucional al de la sedimentación cultural y los procesos de formación, afianzamiento y reformulación de identidades políticas. Así, de la preocupación por las estructuras -sean macro o micro- se ha pasado a prestar atención a los sujetos que definen una identidad política y se identifican como actores políticos.

A 25 años del fin de la dictadura de Trujillo (1930-1961) y después de un tiempo de intentos, fracasos y algunos éxitos en la construcción de la democracia, parece pertinente mirar atrás -con las ventajas que ofrece vivir en el presente- para escudriñar algunos significados del trujillismo que parecen haberse diluido en la

* Agradezco la valiosa colaboración del Prof. Guillermo O'Donnell en la elaboración final de este trabajo el cual completé durante mi estada en el Instituto Kellogg para Estudios Internacionales de la Universidad de Notre Dame en 1986.

historia pero que se prolongan en el tiempo y se expresan en las vivencias políticas y las creencias implícitas y explícitas del pueblo dominicano: nos referimos al proceso de sedimentación de una cultura política autoritaria. Escudriñar esos significados no sólo es importante para la comprensión de ese período autoritario en la historia dominicana, sino también para la comprensión del presente político donde democracia y autoritarismo fluyen mutuamente en una sociedad interceptada por un ideal de libertad y una historia de subyugamiento que va desde las relaciones personales hasta la esfera de la sociedad política.

Este ensayo es también pertinente en tanto busca introducir una nueva modalidad en el análisis de las dictaduras caribeñas y centroamericanas que surgieron en la primera mitad de este siglo. Tradicionalmente, los trabajos críticos sobre dictadores como Trujillo, Somoza o Duvalier se han concentrado en la denuncia de sus atrocidades coercitivas en detrimento de una comprensión de las bases de apoyo de estas dictaduras y su impacto -con efectos en el largo plazo- en la sedimentación de una cultura política autoritaria. Por esto, desentrañar el fundamento del proyecto trujillista a través de un análisis de sus prácticas discursivas nos parece una contribución importante para entender la historia y la presente encrucijada política tanto en la República Dominicana como en otros países del Caribe y Centroamérica.

Orden y nación en el proyecto trujillista

El proyecto político de Trujillo, en la forma en que se conformó en sus primeros años, podría resumirse como un proyecto de recuperación de lo nacional a partir del Estado tutelar y autoritario. La simbología discursiva de Trujillo giró en torno a las nociones de trabajo, orden, paz y progreso, pero estos conceptos tenían un significado específico dentro de la concepción autoritaria del poder y la sociedad.

Cuando Trujillo asume la presidencia en 1930, la República Dominicana asistía a una crisis económica y política que se había hecho endémica desde el siglo XIX. La intervención norteamericana (1916-1924) había logrado la pacificación política y cierta reorganización económica (desarrollo de la infraestructura, registro de tierras, captación de impuestos, etc.), pero no había logrado impregnar en la sociedad un sentido de la disciplina social que las condiciones económicas emergentes en el país (las relaciones capitalistas) requerían. La expansión del capital internacional había agudizado la violencia estatal y social, pero la formación de un sentido de la disciplina social ajustada a la noción de relación contractual estaba aún pendiente. La intervención había logrado reprimir las fuerzas antagónicas a una reorganización economi-

ca capitalista de control externo, pero no había construido las bases para un proyecto de convivencia social. Así, después del colapso de las precarias prácticas democráticas que se habían incorporado a la política desde la independencia de 1844, la unificación del poder y la construcción de una "armonía social" se lograrían durante el trujillismo en forma autoritaria.

En un país fragmentado y de fuertes pugnas regionales, Trujillo aprovechó la centralización del poder -en tanto centralización administrativa- que se había logrado durante la intervención norteamericana e incorporó un sentido de lo nacional en función del destino común de los dominicanos hacia la paz y el progreso. Su discurso (en particular del período 1930-1938) revela este proyecto, de ahí su importancia para comprender las bases de legitimidad del régimen así como sus contradicciones.

La dictadura de Trujillo se ha analizado con frecuencia a partir de sus características represivas (en tanto represión física). Ahora bien, sin minimizar el papel que jugó la violencia en la consolidación y reproducción del régimen, queremos aquí resaltar otros elementos que permiten dar cuenta no sólo de cómo Trujillo dominó la sociedad dominicana, sino también de cómo articuló un proyecto (vía autoritaria) a través del cual fue capaz de ejercer un liderazgo en la sociedad y contribuir a la sedimentación de una cultura política autoritaria que trascendió el fin de la dictadura. Es decir, con Trujillo se formaron a nivel nacional determinadas identidades colectivas que definieron la concepción de la política y la forma de inserción en ella de los sujetos sociales.

Trujillo se apoderó del sentido nacionalista que se había gestado en casi un siglo de política post-independentista pero que no se había constituido como unicidad de poder ni comunidad de destino. Esto lo hizo interpelando a la nación (entiéndase aquí a los "hombres de trabajo"), pero excluyendo al "pueblo" de la participación política. En el discurso trujillista, el espacio político de la sociedad era el trabajo y le correspondía al Estado (entiéndase Trujillo) dirigir y enseñar a la sociedad a ser productiva y a encontrar la felicidad. Trujillo interpeló a la nación a partir de sus valores fundamentales con respecto a la familia, la escuela, la mujer, la noción de partido, etc., pero para él todas las instancias de lo personal y lo político giraban en torno al logro de la disciplina social que guiaría la nación al progreso y la civilización.

Antes de pasar al análisis del discurso trujillista es pertinente referirnos a dos puntos de importancia teórica sobre el tema que nos ocupa. Lo primero es que se ha dicho que en América Latina la formación de identidades colectivas a nivel nacional se hizo más como pueblo que como ciudadanía.² En este sentido, se

establece una diferenciación entre las experiencias políticas de América Latina y la de los países capitalistas desarrollados donde las identidades colectivas se formaron en un proceso largo con referencia a lo ciudadano. Al respecto vale sugerir que en países como República Dominicana donde la clase dominante fue muy débil para gobernar y se instauró el militarismo personalista, la formación de identidades colectivas no se hizo en torno a la noción de "pueblo" como colectividad que se hace sujeto social (el caso por ejemplo argentino durante el peronismo), ni como ciudadanía en el sentido del hombre que adquiere sus derechos individuales y políticos en la forma que ocurrió en los países capitalistas desarrollados. Por el contrario, en la República Dominicana, la formación de identidades colectivas se hizo fundamentalmente como "masa silente" insertada a la sociedad a través del trabajo, el orden y la obediencia.

Lo segundo es la especificidad del caso dominicano en referencia a la teoría del corporativismo que se ha desarrollado en los últimos años. Se ha dicho que una característica de la política latinoamericana es el corporativismo de estado en tanto incorporación de los sectores populares bajo el control estatal. Esto se contrasta con el corporativismo societal de los países capitalistas desarrollados, en particular, de aquellos con experiencia socialdemócrata.³ El caso dominicano, sin embargo, sugiere que el corporativismo de estado (cuando éste se refiere a una participación e incorporación de sectores populares, aún sea controlada por el Estado) no es una característica política de todas las sociedades latinoamericanas.⁴ La experiencia dominicana muestra que lo que ocurrió durante la consolidación del Estado-Nación con Trujillo fue una exclusión de la política de amplios sectores de la sociedad. El pueblo se hizo miembro de la nación en tanto trabajaba y se subordinaba al proyecto de la dictadura, pero no en tanto sujeto político movilizado para la participación aún fuera bajo control estatal.

Trujillo dividió los dominicanos en dos grupos: el "pueblo" que trabajaba y amaba el orden, la paz y el progreso; y los "malavenidos" que no tenían cabida en una sociedad donde reinaba la paz y el orden (estos últimos morirían o irían al exilio). Así, en su primer mensaje al Congreso el 27 de febrero de 1931, Trujillo decía lo siguiente:

El mejor empeño del gobierno ha consistido en inspirar confianza y despertar en el pueblo la vocación de trabajo que dignifica al hombre y le procura la inmensa satisfacción de crearse su propio bienestar. Si esa finalidad no ha sido obtenida a la medida de los deseos de todos, la culpa no podrá ser jamás atribuida al gobierno, sino a quienes no han podido librarse aun de las trabas del pasado y continúan soñando con soluciones desterradas ya para siempre del campo en que se

debaten los problemas de la política moderna. Pero sea como fuere, la paz ha sido mantenida y ella es acaso, en este momento, la más alta prueba que puedo ofrecer a la consideración del país...⁵

En el párrafo citado se encuentran algunas de las temáticas que se hicieron centrales en el discurso trujillista y que le sirvieron a Trujillo para establecer una relación "paternal" con la sociedad dominicana: la de "padre instructor" que enseñaba al pueblo ignorante a encontrar el camino del progreso y la felicidad; y la de "padre disciplinario" que castigaba las malas acciones que desviaban de la meta hacia el bien. Así, la figura del padre en las palabras de Octavio Paz se bifurcaba "en la dualidad de patriarca o macho". El patriarca que protege, que es poderoso y sabio; el macho que es temible y fuerte.

Trujillo "instruía" persistentemente en el trabajo. Repite en múltiples ocasiones que su gobierno es de trabajo y que es aprendiendo a trabajar que el pueblo dominicano se encontraría con el progreso y la civilización. Expresiones como éstas aparecen en muchos de sus discursos de los años 30:

Mi misión es de Paz y Trujillo.⁶

Mi política es de Trabajo, ya lo he dicho en muchas ocasiones... El trabajo es mi divisa, porque es la base de la unión, del bienestar y de la paz en que descansa la felicidad de los pueblos.⁷

Grande es la campaña que hay que emprender con las armas del trabajo, que son las que debemos esgrimir en estos momentos en que necesitamos salvar al país de la crisis económica que pesa sobre él... Mi política es de trabajo... Sí, trabajo que es expresión de armonía, de paz y de adelanto..⁸

Tengo un ideal de la Paz y de Trabajo como norma de mi gobierno.⁹

Ayer se creó la libertad, hoy se hacen obras que justifiquen esa creación ante nuestra propia conciencia y ante la del mundo. Creada una patria, se necesita una acción dirigente que de arraigo y consistencia. Paz en acción es de esta política de trabajo, abrazadora de pueblos...¹⁰

Entre 1930 y 1932 Trujillo difundió el mensaje de trabajo por las distintas regiones del país y se presentó como un líder político superior, por encima de los faccionalismos políticos endémicos en la política dominicana. Desarrolló un amplio programa de visitas por todo el país y en cada ocasión aprovechó para apelar al trabajo y a la unidad nacional. Para iniciar esta campaña escogió la ciudad de Santiago, escenario de las luchas liberales y movimientos insurreccionales de la post-independencia. Allí planteó lo siguiente:

Es aquí en el país donde la tierra ha sido más pródiga..., donde las tradiciones son más puras, donde el trabajo ha sido más efectivo... El Cibao tiene para mí la ideología que he

acariciado antes y después de asumir la presidencia. He luchado como hombre de trabajo y el trabajo ha sido mi divisa dondequiera que me han colocado las circunstancias. El trabajo ha sido mi fe y es la esencia de mi gobierno...¹¹

Unido a la noción de trabajo aparece también la visión globalizante de nación y anti-regionalista:

No deseo terminar sin declarar, ya que he querido aprovechar este viaje para hablar desde Santiago a todos los dominicanos, que yo no soy ni podré ser jamás regionalista. El regionalismo es para mí como un banderín de discordia entre la familia dominicana... Yo sólo creo en la República, en la Patria Cívica, madre común de todos los dominicanos, cuna, regazo y tumba de todos los patriotas que sueñan con la nación organizada al amparo de la paz y el trabajo.¹²

Un año más tarde, en otro discurso en Santiago, resaltaba de nuevo el trabajo y el progreso de esa ciudad y la región central (lo que quería difundir en todo el país), pero unido a ello retomaba su discurso anti-regionalista al decir:

La naturaleza pródiga ha dotado a cada una de nuestras regiones de cualidades y atributos esenciales que si bien las distinguen unas de otras, explican y consolidan el sentimiento integral de la nacionalidad. La República Dominicana no podría ser lo que es ante la historia y ante el mundo si a su grandeza faltara el concurso de una cualquiera de sus regiones. Equivocados andan aquellos que empequeñecen su patriotismo considerándolo vinculado a una sola región. Una región no es patria, aunque al calor de la región nativa haya nacido el sentimiento de la Patria. La Patria tiene un horizonte más vasto en lo material y en lo espiritual.¹³

Este recurso discursivo es importante en tanto por primera vez, desde el Estado, se buscaba darle un contenido a la nación en su globalidad. Es decir, se buscaba vincular la nación como unidad en torno a un destino común y sentido de comunidad. Esto estaba aún pendiente en la sociedad dominicana después de casi cien años de independencia.

Además del llamado al trabajo y a la unidad nacional, Trujillo apeló a la honestidad del pueblo para la supervivencia del Estado. Al respecto dijo lo siguiente en su famoso primer discurso como Presidente el 4 de abril de 1931:

El gobierno necesita vivir y su vida depende del cobro de los impuestos creados para ese fin. Es pues necesario que los impuestos sean cobrados regular y persistentemente. Por la persuasión y el ejemplo, el Gobierno desea imbuir en el pueblo una sincera repulsión al fraude. El fraude es un enemigo esencial de la soberanía e independencia nacionales, porque, cuando por medio de la difusión del fraude se haya quebrantado total o parcialmente la hacienda pública, nuestros compromisos económicos no podrán ser cumplidos, nuestro nivel de vida no podrá ser mejorado y sobre la República caerán todos los dolores y todas las vergüenzas inherentes al incumplimiento de los deberes y al estacionamiento del progreso en la

marcha de la civilización. Deseo que sea la persuasión, el consejo y no la fuerza lo que inspire en los dominicanos el sentimiento de leal acatamiento al imperio de las leyes.²⁶

Trujillo apela aquí a la disciplina social. Esto era parte del proyecto de consolidación del Estado dominicano y de expansión de las relaciones capitalistas que ya dominaban el sector azucarero agro-exportador. En el estado de bancarrota en que se encontraba el erario público desde fines del siglo XIX y la historia de luchas desenfundadas por la apropiación del Estado para el enriquecimiento personal, el llamado de Trujillo se insertaba como estrategia de recuperación de la capacidad de regulación económica del Estado. Este proyecto de institucionalización estatal encontraría no obstante un gran obstáculo: dado el poder del capital internacional en el sector azucarero y la crisis de los demás sectores de la economía, quedaba solo el Estado como fuente importante de acumulación directa. Así, Trujillo promovió una organización administrativa que le permitió al Estado regular más efectivamente las relaciones económicas y sociales, pero hizo uso de su poder político para acumular una gran fortuna bajo la protección del Estado. Con ello asistió el pueblo dominicano al desfalco del Estado por una élite gobernante que pretendió erigirse en representante de la ley y la verdad.

Las nociones de trabajo, disciplina social, respeto a las leyes, etc., se enlazaban muy bien con las necesidades de una sociedad que dejaba de ser campesina. A la liberalización de la fuerza de trabajo había que darle un nuevo contenido. Ya no se estaba frente a la subordinación personal del terrateniente; la disciplina social requería de la ley. Pero el problema central en un país como República Dominicana para consolidar el culto a la ley era que aunque desde el Estado se interpelaba al pueblo a respetar la ley, se mantenía la personalización de las relaciones sociales y políticas por encima de la racionalidad legal y la noción de justicia. Por ejemplo Trujillo insistía en la necesidad de respetar las leyes, pero su forma de hacer política se basaba, por el contrario, en la subordinación a su poder y capricho personal. En este sentido, en una sociedad donde el capitalismo aparecía sólo en ciertas esferas de la producción (el azúcar en particular), la tensión entre el "culto al amo" y el "culto a la ley" no encontraba fácil solución a partir del mercado. Se constituyó pues un híbrido que por momentos refería a la ley por momentos al amo aunque dominaron las formas de subordinación personal. Así, la sociedad tuvo que cumplir no sólo con las leyes que se impusieron desde el Estado, sino también con las arbitrariedades y necesidades de halago del dictador que se hicieron cada vez mayores y extravagantes.

Todo momento de crisis como lo fue la época en que Trujillo asumió el poder es también momento de reestructuración. La rees-

tructuración de la nación fue precisamente el proyecto de Trujillo y por esto transformó el ejército, la educación, la economía, la infraestructura del país, la noción de partido, en fin, la forma de hacer política.

Con respecto a la educación, pensaba Trujillo que la escuela dominicana, basada en los postulados liberales de Eugenio María de Hostos, no se adaptaba a las necesidades de progreso del país. En su primer año de gobierno, justificó el cierre de muchas escuelas bajo la excusa de reducir el presupuesto nacional. Las escuelas más afectadas fueron las de enseñanza nocturna y formal superior para la formación de maestros donde las ideas liberales de la educación habían calado más profundamente. En noviembre de 1932 se introdujo la Cartilla Cívica que fue adoptada por la Secretaría de Educación para su enseñanza obligatoria en las escuelas. En esa Cartilla Trujillo definió conceptos como los de nación, ciudadano, Estado, orden, paz y felicidad, asumiendo así su función de "padre instructor" de la nación:

Después de muchos años de desgracia, terminada la fatalidad del desorden, es tiempo de que pensemos mejor y de que busquemos hacer la felicidad del pueblo dominicano por medio de la Rectitud, la Libertad y el Trabajo. Para educar al pueblo para la realización de este ideal, lanzamos la presente Cartilla Cívica que recomendamos a todos los dominicanos.¹⁵

Desde su posición paternal -vertical y autoritaria- Trujillo definió en esa Cartilla la función de los ciudadanos y del Presidente para la conquista de la felicidad de los dominicanos:

Como se ve, el Presidente trabaja incansablemente por la felicidad del pueblo. El mantiene la paz, sostiene las escuelas, hace los caminos, protege el trabajo en toda forma, ayuda la agricultura, ampara las industrias, conserva y mejora los puertos, mantiene hospitales, favorece el estudio y organiza el Ejército para garantía de cada hombre ordenado. A esta obra debe ayudar cada ciudadano. Todos con su trabajo. Todos con su respeto a la ley y con su sincero amor a la Paz...¹⁶

Así se formaban las identidades colectivas a nivel nacional: como sujetos con deberes de trabajo, paz y orden pero sin derecho a la conducción, participación o reclamación política.

Con los recortes presupuestales que afectaron el sistema de educación superior, Trujillo neutralizó los puntos antagónicos a su proyecto dentro del sistema educativo, y las minorías urbanas que se habían formado bajo las ideas liberales hostosianas se vieron desposeídas de sus recursos educativos. En cambio, Trujillo impulsó un plan educativo con énfasis en el aprendizaje práctico para elevar el nivel técnico de la mano de obra, a la vez disciplinante y autoritario. Su Plan de Reformas de la Enseñanza publicado el 5 de agosto de 1933 contiene los siguientes planteamientos sobre el

estado de la educación nacional y los propósitos del nuevo proyecto:

En resumen, es mi propósito que nuestra enseñanza sea de tal modo práctica y orientadora de nuestra juventud, que desaparezca el tipo de hombre que tenemos, con conocimiento de todo e incapaz de hacer nada, habituado a hablar de muchas cosas sin hacer ninguna de ellas, falto de carácter y por lo mismo desalentado al primer obstáculo con que la realidad comprueba su incapacidad moral para la vida. Me he propuesto en firme la reconstrucción del pueblo dominicano y ésta ha de tener su mejor base en un sistema escolar que, sin perder de vista los puntos generales de la cultura, preparando al hombre para la humanidad, realice el ideal de hacer dominicanos que comprendan los problemas fundamentales de su Patria y sean aptos para resolverlos.¹⁷

Después de publicarse el Plan de Reformas de la Enseñanza, Trujillo insistió en el objetivo práctico y nacionalista de su proyecto educativo en un discurso pronunciado al inaugurar una Escuela de Economía Doméstica:

En mi programa de Instrucción Pública para este año de 1934... hube de decir... que había llegado la hora de imprimirse a la escuela nacional un funcionamiento eminentemente práctico y dominicano, y apenas ocho días después de haberse iniciado el nuevo año inauguro solemnemente la primera escuela ajustada a este laudable propósito nacionalista. Muchas escuelas no eran la expresión de las necesidades públicas. No respondían ni a la naturaleza de su ambiente, ni a la psicología vernácula. Les faltaba espíritu de dominicanidad. Dotaban, es cierto, de conocimientos, cuidaban del culto de las facultades, propendían al desarrollo de la mente, pero no preparaban para vivir dentro de las leyes mesológicas que nos gobiernan. Esta escuela complementa en su aspecto femenino las primarias y las secundarias. Es una escuela para el hogar. Educar a la joven para el destino de la familia... Aquellas no hacían futuras amas de casa, como si no les importara la suerte de las madres del porvenir. De ellas salían señoritas con títulos de Maestra, conocedoras del arte de dirigir una escuela pero ignorantes del arte de dirigir una casa.¹⁸

Como lo revela la cita anterior, el propósito de Trujillo era gestar una nación de hombres y mujeres entrenados para cumplir con sus funciones en el hogar, el trabajo y la patria. Esas funciones tenían un contenido práctico y se organizaban en torno a la noción de orden: la mujer al hogar, el hombre al trabajo, la ciudadanía al orden, el pueblo a la paz. Cada quien, cada individuo, cada colectividad ocupará su lugar dentro del orden concebido por Trujillo. Con la instrucción y la disciplina, Trujillo se erigía en poder supremo que contenía la verdad. Por eso, quien no consintiera con su programa era malsano, malavenido. La verdad emanaba del padre y llegaba a la sociedad a través del Estado y del partido que formó Trujillo una vez en el poder.

Imposición militar y partidaria en la construcción de la patria

Aunque el discurso ordenador de los años 30 tenía una correspondencia con las vivencias y necesidades del pueblo empobrecido y espectador de un siglo de caos político, no se descartó el uso de la violencia. En efecto, no se puede entender el régimen de Trujillo sin considerar el componente represivo. Es decir, sin conocer al Trujillo como "padre disciplinario" vía la violencia directa y el entrenamiento en la disciplina partidaria.

Trujillo interpeló al pueblo en torno a las nociones de orden, paz y progreso e insistió que eso se lograría fuere a través de la persuasión o la fuerza. Para ello, Trujillo consolidó el ejército en desmedro de los demás aparatos estatales y desarticuló los proyectos sociales que le eran adversos a su noción de orden impuesto.

Trujillo veía al pueblo dominicano como un ente disciplinado a quien había que socializar (o mejor dicho re-socializar) en la disciplina. Se propuso constituir la nación en base a una "masa silente" y disciplinada cuyos derechos ciudadanos eran una abstracción al existir sólo en la formalidad de la Constitución. Con amplios sectores sociales excluidos de la participación ciudadana y de la posibilidad de hacerse sujetos como pueblo, el régimen necesitaba no sólo de un discurso que invocara al trabajo, sino también de un discurso y organización (el ejército) que invocara la fuerza como mecanismo de regulación social. De ahí que Trujillo insistiera en el valor del ejército como institución organizadora de la sociedad y su decisión de consolidarlo:

Uno de los aspectos del Gobierno que he cuidado con más celo en lo que llevo al frente de los destinos del país, es sin duda alguna el Ejército Nacional. No porque haya salido yo de sus filas, sino porque en mi concepto el Ejército es la organización que más directamente puede contribuir, en armonía con la escuela dominicana, a disciplinar la voluntad de nuestro pueblo, especializando cada hombre en el cumplimiento de los deberes que le estén atribuidos.¹⁹

Los disidentes fueron eliminados por las bandas paramilitares, y las insurrecciones que se sucedieron en los dos primeros años de gobierno (1931-1932) fueron militarmente aplastadas. Junto a esas acciones militares, Trujillo entrelazó un discurso moralizante en torno a la Patria y enérgico en cuanto a su propósito de aplastar todo movimiento antagónico a su proyecto. Al respecto, citamos sus palabras a propósito de la insurrección del norte que fuera prontamente aplastada por el gobierno:

Os aseguro, ... que mi anhelo más sincero, más íntimo como primer magistrado y cabeza visible de todas las instituciones civiles y militares de la República, es que no haya necesidad de que mi espada de soldado tenga que desvainarla en defensa

de la Paz y del Orden, salvaguardando la integridad del Estado confiada a mi honor y a mi entereza, porque sería implacable y rudo en el castigo a los malos dominicanos que, por satisfacer apetitos voraces de innoble concupiscencia, no vacilan en empujar la Patria por sendero de perdición.²

La consolidación de la capacidad anti-subersiva del gobierno y su disposición de preservar el "orden" (si necesario por la fuerza) la demostró Trujillo al comandar las fuerzas militares en un recorrido por todo el país en diciembre de 1931. En su proclama anunciando el recorrido dijo lo siguiente:

...no como un alarde de poderío sino aunque parezca paradójico- como una práctica demostración de la robustez y estabilidad que ha ido adquiriendo el gobierno, respaldado por todas las fuerzas vivas de la nación, inicio hoy una breve recorrida militar por diversas regiones del país... así como mi Gobierno está patrióticamente dispuesto a ser suave y suavizar hasta donde sea posible las asperezas con que se ha pretendido obstaculizar el logro de sus fines de rehabilitación nacional, también estoy preparado para develar fulminantemente, destruyendola por medio de las armas y castigando con rigor a sus autores, cualquiera intentona contra el orden establecido, cualquier brote subversivo contra la paz de la República.²

El proyecto político de Trujillo era totalizante y totalitario, sin espacio para la disidencia. Ello en sí mismo negaba cualquier prerrogativa constitucional-ciudadana, y por ende, hacía de la democracia la fantasía del derecho. El llamado de Trujillo era para la unificación total de la nación en torno a él y su proyecto. De ahí sus múltiples llamados a los disidentes para que cooperaran con su gobierno si no querían desaparecer del escenario político. Trujillo hizo de su proyecto la Patria, de ahí que toda disidencia fuera definida como anti-patriótica. Apelaba a todo símbolo patriótico, fuera un día patrio, personaje patrio o lugar de importancia patria para justificar su proyecto. A propósito de las revueltas que habían ocurrido en la zona norte del país, aprovechó la celebración del Aniversario de la Restauración del 16 de agosto de 1931 para llamar a los disidentes a participar en su proyecto:

...llamo y excito, en el día de la Patria en nombre de ella, a todos los grupos y a todos los políticos de altura a declarar propicia su cooperación al Gobierno que dirijo. Las circunstancias pueden tanto en el ánimo de los gobernantes como la ley misma. Si hasta hoy la mano del Poder ha sido fuerte para prevenir y contener a hombres injustamente desavenidos con el régimen que actualmente impera, el llamamiento que ahora les dirijo es el anuncio de que ante ellos se abre un período de indulgencia, superior a las garantías que la propia ley ofrece.²

Fuera del recurso militar, el partido fue una especie de ejército político que formó Trujillo para "homogenizar" intereses que

según él estaban latentes en la sociedad. Una vez aplastados vía represión -en el campo de batalla- sus activos oponentes, Trujillo proclamó la necesidad de construir una organización política que expresara la unidad de propósito en la sociedad dominicana: el Partido Dominicano. En su discurso en ocasión de la constitución del Partido el 16 de agosto de 1931 expresó lo siguiente:

A nosotros nos toca ahora fijar la fórmula nueva que ha de servir para la formación de las organizaciones políticas con que hemos de afianzar la base de nuestra existencia nacional... Los intereses políticos, si es que los hay, están como nunca mezclados desde las altas esferas del Gobierno hasta las más sencillas tendencias populares, los nexos que ligaron hasta ayer esos intereses bajo la bandera de determinados nombres y hechos, se han roto, más que por otra cosa, por la acción corrosiva del tiempo y los hombres libres ya de compromisos anteriores, pueden dedicarse a la tarea de orientar sus actividades sin los escrúpulos que engendraba el distanciamiento de otros días.²⁸

Una vez más Trujillo interpela al sentido común del dominicano en torno a la necesidad de orden e identificación de intereses para la supervivencia de la nacionalidad. Su discurso rechaza persistentemente la vieja ideología y prácticas políticas de luchas faccionales por la conquista del poder. En este sentido, hay una gran consistencia en el discurso trujillista en la medida en que se construyen dos polos, uno perteneciente al pasado y otro al presente-futuro. El pasado representaba anarquía, desorden, destrucción, pérdida de la nacionalidad, barbarie. El presente, la consolidación de la nacionalidad, el orden, la paz y el progreso. Y en ese proceso de reconstrucción nacional el partido jugaba un papel importante. En sus propias palabras:

Al construir un partido en este momento estamos poniendo la primera piedra para reconstruir el edificio de la nacionalidad antes de que se nos venga encima rotas sus bases por el peso abrumador de la desorganización política. ...este partido no representa un concierto previo entre un grupo de hombres sino el más importante, el más espontáneo y el más decidido movimiento de todos los dominicanos hacia una acción común en el estudio y la revolución de nuestros problemas nacionales.²⁹

En su función de padre-instructor y sabio, Trujillo se asignaba la autoridad para dirigir el partido porque era él quien trascendía intereses partidarios, personales y mezquinos:

El hecho de que la opinión pública tan brillantemente representada en esta Asamblea haya escogido mi nombre para hacer el estandarte de lucha de este gran partido me lo explico perfectamente. Ello estriba sin duda en la convicción abrigada por todos de que yo no he sido en el pasado un hombre de partido.³⁰

Es interesante destacar el ensamblaje de elementos discursivos que Trujillo expone en la cita anterior. Su capacidad para diri-

gir el partido deviene precisamente de su condición de hombre sin tradición partidaria. En su interpretación de lo que había sido la política dominicana, los partidos fragmentados constituían un mal para la nación. Por eso su distancia previa de toda experiencia partidaria era la garantía para la construcción de un partido de homogeneidades, sin disidencia, sin luchas internas y sin competencia.

Se llamaba Partido Dominicano porque en él cabían "todos los dominicanos de buena voluntad".²⁶ Así, pertenecer o no al partido era un criterio para determinar la condición de buen dominicano. Estado, partido, sociedad e individuo convergían en un interés común definido por Trujillo. Para él, su pueblo había sido incapaz de encontrarse a sí mismo y de construir un futuro, de ahí su papel de padre salvador. En esa misión se coronó finalmente a Trujillo en 1955 como "Padre de la Patria Nueva" al cumplirse 25 años de su ascenso al poder.

Reestructuración económica y crisis política

Desde el inicio de su gobierno, Trujillo desarrolló un vasto programa de reestructuración económica y territorial. Mediante la construcción de carreteras se propuso la unificación territorial del país. Esto le facilitó ejercer su dominio militar y unir el mercado interno para un empuje capitalista. Hizo de la construcción de puentes un emblema nacional. El puente se convirtió en el símbolo de unidad y progreso nacional:

Nuestra tradición enseña, como un hecho fatal, que al amparo de los ríos crecidos y de las pendientes resbalizas e inaccesibles, los enemigos de la paz, que son los enemigos del trabajo y de la prosperidad, encontraban el abrigo de las encrucijadas para mantener en zozobra el alma nacional y amenazar la estabilidad de los gobiernos. Cuando la paz era alterada, la dificultad de los caminos retardando el paso de las fuerzas que debían restablecerla, era el primero y el más seguro factor de complicidad con que contaban los cabecillas... Tristes recuerdos han de ser para los hombres de trabajo... las guerras civiles que destruían riqueza privada y arruinaban el prestigio de la nación.²⁷

Carreteras, puentes, canales de riego... construía Trujillo mientras interpelaba al pueblo a trabajar y a ordenarse. Como balance positivo de su gestión Trujillo proclamaba no sólo la paz obtenida al eliminarse todo faccionalismo político, sino también la "nacionalización" de la economía y del territorio nacional. Cuando Trujillo asumió el poder en 1930 las finanzas dominicanas eran manejadas por el gobierno de los Estados Unidos. Esto concluyó en los años 40 cuando las finanzas pasaron a ser manejadas por el gobierno dominicano, se creó la moneda nacional (el peso dominicano) y el sistema bancario dominicano. Cuando Trujillo asumió el poder se debatía aún la demarcación fronteriza con Haití. En 1938 finali-

zaron las negociaciones con Haití y se estableció la línea fronteriza.

Durante los años 40 la economía dominicana experimentó una transformación radical. Además de la nacionalización del manejo de las finanzas públicas, Trujillo aprovechó los excedentes provenientes del mercado exterior para iniciar la industrialización sustitutiva. Dentro de su proyecto autoritario y excluyente, la expansión del capitalismo estuvo ligada al poder del dictador: si en los años 30 Trujillo había consolidado su proyecto político, en los años 40 Trujillo consolidó su poder económicos. El resultado fue la capacidad de Trujillo de concentrar una gran riqueza en detrimento de la formación y consolidación de una amplia clase capitalista.

El proyecto autoritario y excluyente de Trujillo encontró mayor oposición a partir de fines de los años 40. Por un lado se encontraban los exiliados políticos que iban aumentando y se organizaron en el exterior, sobre todo en Cuba y Estados Unidos. También se dieron importantes luchas obreras entre 1942 y 1946; las únicas que se registraron bajo la dictadura.

Las crisis políticas de los años 40 motivadas por las protestas obreras, el auge de las ideas socialistas y la formación del Partido Socialista Popular, llevaron a Trujillo a hacer un llamado para que se formaran nuevos partidos políticos para las elecciones de 1947. Se crearon entonces dos partidos promovidos por Trujillo (El Partido Nacional Democrático y el Partido Laborista Nacional), pero las votaciones -que no eran más que convocatorias para la ratificación trujillista- favorecieron al Partido Dominicano.²⁸ Con este llamado, Trujillo trataba de darle una apariencia democrática a la dictadura, particularmente en el exterior. Lo externo le era importante no sólo por la cantidad de exiliados dominicanos, sino también porque en su esfuerzo por consolidar la soberanía del Estado dominicano, Trujillo había iniciado relaciones diplomáticas con numerosos países y participaba activamente en el campo de las relaciones internacionales. Hay que recordar que éste era también el período de la cruzada democrática de la post-guerra.

Durante los años 50 la crisis del régimen continuó en ascenso. Por un lado, Trujillo se "coronaba" en su gloria, y por otro, las fuerzas opositoras en el exterior y en el interior se organizaban más efectivamente. En diciembre de 1955 se celebró la Gran Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre. En ella se proclamó a Trujillo "Padre de la Patria Nueva" y campeón de la lucha por la libertad y anti-comunista. Se cumplían 25 años de su ascenso al poder. En este tiempo, el discurso de paz, trabajo y progreso que una vez se hizo hegemónico había perdido mucho de su poder interpelador. La concentración de riqueza en la cúspide del poder político la exclusión de amplios sectores sociales

contribuyeron a debilitar las bases de sustentación del régimen. De su proyecto inicial formulado en términos de unidad nacional, paz y progreso, Trujillo había pasado a consolidar un proyecto de acumulación personalizada y excluyente en la economía y la política. Más aún, carente de proyecto hacia la sociedad, el discurso de Trujillo hacía sistemáticamente referencia al terror comunista y la necesidad de contrarrestar "ese mal" y "salvar la civilización cristiana". En casi todos los discursos escritos en los años 50 se hace referencia a este tema.

En la medida en que el discurso anti-comunista se hizo más compulsivo, Trujillo se distanció de las vivencias del pueblo, en particular, de los sectores medios urbanos que emergieron con el proceso de industrialización y comenzaron a identificarse con valores liberales. Las tensiones también incrementaron con países de la región del Caribe donde emergían y se consolidaban gobiernos democráticos (Venezuela y Costa Rica). Así, las aspiraciones democráticas nacionales y el rechazo internacional al régimen convergieron para ponerle fin a la dictadura en 1961 con el asesinato de Trujillo.

A manera de conclusión

Como lo sugiere el presente ensayo, Trujillo organizó la política dominicana en forma autoritaria. Dado el estado de descomposición social, crisis económica e inestabilidad política que había caracterizado el pasado político dominicano, se podría decir que el éxito de Trujillo en afianzar su poder se debió no sólo a su capacidad de dominar vía la coerción, sino también a un discurso que en los años 30 pudo hacerse hegemónico por varias razones:

1) Después de casi un siglo de luchas civiles, inestabilidad política y pobreza económica, un discurso que se ordenara en torno a las nociones de paz y progreso se correspondía con las miserias del pueblo y su necesidad de superarlas.

2) Su alcance abarcador de la sociedad: Trujillo interpelaba a toda la nación por encima de los regionalismos que tradicionalmente habían fragmentado la lucha política y que se hacían cada vez más incompatibles con la consolidación del Estado-Nación.

3) El sentido abarcador de su discurso: Trujillo se refería a la familia, a la economía, al partido, a la escuela, al ejército, etc. Todos eran planos donde la política se hacía presente en torno a la interpelación del orden necesario para alcanzar la civilización.

4) Su radicalismo: Trujillo descompuso la vieja ideología y las prácticas políticas del pasado (el faccionalismo, el aislamiento) y ancló en la sociedad dominicana una nueva concepción del orden unitario y el progreso.

5) Su vinculación con los viejos valores de la sociedad dominicana: Esto puede parecer contradictorio con el punto anterior pero no lo es. Aquí nos referimos a los valores de la sociedad campesina donde la subordinación y la obediencia guiaban la práctica social. El período post-independentista se había caracterizado por una proliferación de luchas con algunas interpelaciones liberales que chocaban con la noción de orden de la sociedad campesina. También se agudizó la violencia social (robos, muertes) con la expansión de las relaciones capitalistas en el sector azucarero a fines del siglo XIX. Bajo estas circunstancias Trujillo retomó las nociones de orden, disciplina, obediencia y subordinación pero no para reproducir una economía campesina, sino para articular un nuevo proyecto de desarrollo capitalista altamente excluyente.

Analizar los elementos de continuidad y cambio en la cultura política dominicana es un punto aún pendiente en la agenda de los investigadores del post-trujillismo. Es sin embargo una tarea urgente para descifrar las tensiones que fluyen en una sociedad que asiste hoy a una crisis de la experiencia democrática más importante de su historia.

Después del ímpetu democrático de fines de los años 70, la sociedad dominicana ha asistido a un "empantanamiento" democrático que más que abrir caminos para la conquista de una real democracia política y social produce desespero y descontento, y para no pocos, nostalgia por el poder fuerte. Ciertamente se ha pasado del maximalismo político a la tolerancia, del unipartidismo al multipartidismo, y eso de por sí es positivo para la convivencia democrática. Pero esa tolerancia no se ha acompañado de una efectiva incorporación de la sociedad a la política, sino que se ha restringido a una competencia entre élites políticas y una circulación de élites gobernantes con intereses particularistas que subordinan los proyectos democráticos.

El fracaso de los gobiernos del Partido Revolucionario Dominicano (1978-1982/1982-1986) en impulsar un nuevo proyecto de organización de la sociedad basado en una amplia participación democrática e incorporación de la sociedad al proceso político -unido esto a una fuerte crisis económica que atenta contra un proyecto redistributivo- ha reforzado en los dominicanos una vieja noción del trujillismo: que en el poder monolítico y autoritario descansa el "orden" y el "progreso". Joaquín Balaguer, el viejo árbitro de la política dominicana formado en el trujillismo, llegó de nuevo al poder en las elecciones de 1986 con un 40.5% del electorado. El PRD, por el contrario, obtuvo sólo un 33.5% de los votos (un 18.2% menos que cuando llegó al poder en 1978). Del político desgastado que fuera en 1978 después de 12 años en el poder (1966-1978), Balaguer pasó a ser de nuevo en 1986 el árbitro del "orden" que fuera en 1966.

Estas paradojas electorales revelan la tensión que existe entre autoritarismo y democracia en la sociedad dominicana, y la necesidad de comprender esta relación en un contexto de complejas interacciones entre lo económico, lo político y lo cultural. Por esto, trabajos históricos para casos específicos, así como estudios comparados, serán de gran utilidad en los esfuerzos que en el presente se realizan para comprender las transformaciones políticas en Centroamérica y el Caribe.

NOTAS

1. Ver los trabajos de: Ernesto Laclau, **Ideología y Política en la Teoría Marxista**. Siglo XXI Editores, Madrid, 1978. Emilio de Ippola, **Ideología y Discurso Populista**. Ediciones Folio, México, 1982. José Nun, "Averiguaciones sobre algunos significados del Peronismo", en **Proceso, Crisis y Transición Democrática/2**. Oscar Oszlak y otros, Grupo Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984. Guillermo O'Donnell, "Democracia en la Argentina: Micro y Macro". En **Proceso, Crisis y Transición Democrática/1**. Oscar Oszlak (ed.), Grupo Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984.
2. Ver Guillermo O'Donnell, **El Estado Burocrático-Autocrático**. Editorial Belgrano, Buenos Aires, 1982.
3. Ver Philippe Schmitter, "Still a Century of Corporatism?". **The Review of Politics** 36, No. 1, 1974.
4. Para una discusión sobre las limitaciones del corporativismo como concepto explicativo de la política hondureña, véase James Morris y Steve Roop, "Corporatism and Dependent Development: A Honduran Case Study". **Latin American Research Review** 12, No. 2, 1977. Para el caso dominicano, véase Rosario Espinal, "Classes, Power and Political Change in the Dominican Republic". Tesis doctoral. Washington University, 1985.
5. Rafael L. Trujillo, **Discursos, Mensajes y Proclamas**. Tomo I, Editorial El Diario, Santiago, 1946, Pág. 66.
6. **Ibid**, Pág. 94.
6. **Ibid**, Pág. 98.
8. **Ibid**, Pág. 101.
9. **Ibid**, Pág. 114.
10. **Ibid**, Pág. 339.
11. **Ibid**, Págs. 83-85.
12. **Ibid**.
13. **Ibid.**, Pág. 233.
14. **Ibid**, Pág. 87.
15. **Ibid.**, Pág. 232.
16. **Ibid.**, Págs. 234-235.
17. **Ibid.**, Pág. 352.

18. Rafael L. Trujillo, **Discursos, Mensajes y Proclamas**. Tomo 2. Editorial El Diario, Santiago, 1946, Pág. 3.
19. Rafael L. Trujillo, **Op. Cit.** Tomo 1, Pág. 66.
20. **Ibid**, Pág. 107.
21. **Ibid**, Pág. 113.
22. **Ibid.**, Pág. 142.
23. **Ibid**, Pág. 119.
24. **Ibid**, Pág. 120.
25. **Ibid**.
26. **Ibid**, Pág. 193.
27. **Ibid**, Págs. 374-375.
28. Ver Julio Genaro Campillo Pérez, "Elecciones Dominicanas". **Academia Dominicana de la Historia**, Vol. XLIX, Santo Domingo, 1987. Pág. 199.